ANOTACIONES

A LA POÉTICA.

CANTO I.

1. Esta es la cualidad característica del *poeta*, y la que le distingue del *versista* : el primero inventa, crea, pinta; el segundo expone meramente pensamientos comunes, ensartando palabras arregladas á cierta medida.

2. La Poesía, asi como las demas artes imitadoras, se propone por modelo á la naturaleza; y del mismo modo que la escultura no malgasta el mármol, ni la pintura sus colores para representar cualquier objeto innoble ó defectuoso; la Poesía que se vale para sus imitaciones del discurso elevado y armonioso, no copia á este ó aquel individuo particular, cual existe realmente, sino que escoge las cualidades repartidas en muchos, y forma con su conjunto un *modelo ideal*, hermoseando de este modo á la misma naturaleza.

No es necesario advertir que no se entiende aqui

por la palabra *hermosear* sino dar á cada objeto la mayor perfeccion posible en cualquier género que sea; pues un objeto horroroso puede ser tan *bello*, en este sentido, como el mas agradable: las espantosas sierpes pintadas por Virgilio, saliendo del mar para acometer á Laocoonte, son tan *bellas* en poesía como el pajarillo de Lesbia, celebrado por Catulo; y pasando de lo físico á lo moral, el parricida Orestes no es menos *bello* en la imitacion dramática que el inocente Hipólito.

3. Lo mismo que el pintor, cuando trata el poeta de representar un objeto, se esmera en la eleccion oportuna de circunstancias, para darle todo el realce de que es capaz: si se propone, por ejemplo, representar un caballo, no pintará seguramente al primero que se le ofrezca á la vista; sino que procurará hacerlo con la maestría que Virgilio en el libro tercero de sus *Geórgicas*, ó que su imitador Pablo de Céspedes en su *Poema de la Pintura*:

Que parezca en el aire y movimiento
La generosa raza do ha venido;
Salga con altivez y atrevimiento
Vivo en la vista, en la cerviz erguido:
Estribe firme el brazo en duro asiento,
Con el pie resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano
Sin temer el horror de estruendo vano.
Brioso el alto cuello y enarcado,
Con la cabeza descarnada y viva;
Llenas las cuencas, ancho y dilatado
El bello espacio de la frente altiva:
Breve el vientre rollizo, no pesado
Ni caido de lados, y que aviva

Los ojos eminentes; las orejas
Altas sin derramarlas, y parejas.
Bulla hinchado el fervoroso pecho
Con los músculos fuertes y carnosos;
Hondo el canal, dividirá derecho
Los gruesos cuartos limpios y hermosos:
Llena la anca y crecida, largo el trecho
De la cola y cabellos desdeñosos;
Ancho el hueso del brazo y descarnado,
El casco negro, liso y acopado.
Parezca que desdeña ser postrero,
Si acaso caminando ignota puente
Se le opone al encuentro; y delantero
Preceda á todo el escuadron siguiente:
Seguro, osado, denodado y fiero,
No dude de arrojarse á la corriente
Rauda, que con las ondas retorcidas
Resuena en las riberas combatidas.
Si de lejos al arma dió el aliento
Ronco la trompa militar de Marte,
De repente estremece un movimiento
Los miembros, sin parar en una parte:
Crece el resuello, y recogido el viento
Por la abierta nariz, ardiendo parte:
Arroja por el cuello levantado
El cerdoso cabello al diestro lado.

4. El *buen gusto* llega á convertirse por la repeticion de actos en una especie de *sentido interno*, por cuyo medio nos apercibimos instantáneamente (y sin que aparezca siquiera el juicio que forma nuestro ánimo) de las buenas prendas ó de los defectos de un escrito; y á esta cualidad ha debido sin duda que se le dé figuradamente el nombre de *gusto*. Nada hay, pues, tan importante como ejercitarlo con buenos

modelos, para acostumbrarnos insensiblemente á sus bellezas; porque una vez adquirido este hábito, desechamos maquinalmente, y como por natural instinto, lo que nos produce una sensacion ingrata. Y para valernos de un ejemplo ya citado, el que hubiese largo tiempo manejado á Virgilio y admirado en él ó en Céspedes la bellísima descripcion del caballo, difícilmente pudiera tolerar al ingenioso Calderon cuando pone en boca de una dama, y á punto de despeñarse, los siguientes versos:

Hipógrifo violento,
Que corriste parejas con el viento,
¿Dónde, rayo sin llama,
Pájaro sin matiz, pez sin escama,
Y bruto sin instinto
Natural, al confuso laberinto
De estas desnudas peñas
Te desbocas, te arrastras y despeñas? etc.

La vida es sueño: comedia.

5. Basta abrir las obras de nuestros mejores poetas, como Garcilaso, Herrera, Leon, Rioja, los Argensolas y otros, para ver hasta qué punto se habian nutrido con la literatura clásica de los antiguos: tal vez puede decirse que tanta era la veneracion que les profesaban, que á veces rayó en demasía, en términos de impedir que campease con mas libertad su fecundo ingenio. Mas lo que no admite duda es que con aquellos modelos formaron su *gusto*, y elevaron nuestra poesía al mas alto punto de esplendor.

6. Esta inimitable *sencillez* es la dote característica de la poesía griega: brilla lo mismo en los poemas de Homero que en las tragedias de Sóphocles, igualmente en las églogas de Teócrito que en las odas de Anacreonte; y aunque pueda decirse que tal vez pareceria aquella sencillez demasiado desnuda á los ojos de los modernos, creo que urge tanto mas recomendar á los jóvenes esta cualidad preciosa, cuanto corre riesgo la literatura, á lo menos en mi concepto, de inclinarse al extremo opuesto de afectacion y extravagancia.

7. Los Latinos tomaron de los Griegos su literatura; pero si se la ve largo tiempo inculta, tímida y sin atreverse á dar un paso por sí sola, despues en el siglo de Augusto se la ve elevarse con dignidad á su mayor gloria, y hasta disputar en algun género de composicion la primacía á su maestra.

Mas despues de aquella época, que seria inmortal en la literatura, aun cuando no hubiese producido sino á Virgilio y á Horacio, empezó poco á poco á corromperse el *gusto*, principiando por introducirse el lujo del ingenio y la demasiada pompa en los adornos, como se percibe en poetas de tanto mérito como Lucano y Séneca; continuando la corrupcion con tan rápido estrago, que antes de la invasion de los bárbaros llegó á desaparecer no solo la poesía, sino hasta la lengua.

8. La poesía tiene algunos principios fundamentales, que no dependen del antojo ni estan sujetos á la mudanza de los tiempos; pareciéndose en esto, asi como en muchas cosas, á las Bellas Artes. La pintura que hace Homero del ceñidor de Vénus presentado por las Gracias, es ahora tan bella como hace tres mil años; asi como la estatua de aquella diosa, exis-

tente en Florencia, muestra ahora la misma proporcion en sus miembros y la misma suavidad de contornos que cuando la labraron en Grecia. Las cualidades sobresalientes que han hecho inmortales los poemas de Homero, las recomendó igualmente Aristóteles en tiempo de Alejandro, Horacio en el siglo de Augusto, y Boileau en el de Luis décimocuarto; y es seguro que serán admiradas mientras amen los hombres lo que es bello y sublime.

9. Las mismas causas que produjeron el que empezase por Italia la civilizacion y cultura de Europa, dieron ocasion á que fuese la poesía de aquella nacion la que brillase antes: ¿qué obra pudiera presentar en el siglo décimocuarto ninguna nacion de Europa, comparable con el poema del Dante ó con el habla y la versificacion de Petrarca?

10. Recorriendo rápidamente la historia de nuestra poesía, se la ve nacer en el siglo duodécimo, al mismo tiempo que la lengua, mostrando en el *Poema del Cid* el embrion informe que podia aparecer en un tiempo, en que no se conocia con exactitud ni la medida de los versos ni la cadencia ni las consonancias, y en que hasta la lengua misma empezaba á respirar en la cuna.

Mas cobrando despues brios, en los reinados de S. Fernando y de D. Alfonso el Sabio, especialmente con la proteccion de este príncipe superior á su época, y esforzándose la versificacion por seguir una pauta segura, aparece ya la poesía algun tanto adelantada en el siglo décimotercio, como se echa de ver en los varios poemas de D. Gonzalo de Bercéo, en

el de *Alejandro* de Juan Lorenzo, y en las composiciones de aquel instruido monarca, aunque se duda si efectivamente son ó no suyas algunas de las varias que se le atribuyen, como las *Querellas*, de que solo nos ha quedado una breve muestra.

Las revueltas, los escándalos y continuas guerras que asolaron despues á Castilla, privándola largos años de quietud y sosiego, se opusieron al cultivo de las letras y al adelantamiento de la poesía, impidiéndola salir de la infancia, en que la vemos en manos de los escasos poetas del siglo décimocuarto, entre los cuales merecen particular mencion el docto infante D. Juan Manuel, y el ingenioso Arcipreste de Hita. Mas desde el reinado de D. Enrique III, y mucho mas en el de su hijo D. Juan el II « se comenzó á elevar mas esta sciencia con mayor elegancia; é ha habido hombres muy doctos en esta arte, » como se expresa el célebre marques de Santillana en una epístola dirigida al condestable de Portugal sobre la historia de la poesía; y efectivamente, ya aparece esta andando con paso mas seguro en el siglo décimoquinto, que puede considerarse respecto de nuestra literatura como la aurora de un hermoso dia. Las causas generales que hacian entonces brotar por todas partes, con mas ó menos vigor, la civilizacion y las letras, ademas de varias circunstancias peculiares á España, contribuyeron á que de repente apareciese en ella la poesía protegida por los príncipes, cultivada por claros ingenios, y produciendo, aunque todavía no sazonados, frutos mas exquisitos que antes.

En los antiguos *Cancioneros*, en que se hallan recogidas las poesías de aquella época, se nota ya mejor eleccion en los asuntos de las composiciones, un

habla menos áspera y ruda, versificacion mas grata y flexible; en una palabra, muchas de las dotes que anuncian el talento cultivado de los poetas. Juan de Mena merece ya este título; y al compararle con sus predecesores, no puede menos de admirarse la invencion de los cuadros, el vigor de los pensamientos, y la osadía con que empujó, por decirlo asi, á la lengua aun indócil y perezosa, para que adelantase cuanto antes en la carrera que le abria.

Mas á pesar de haber sido tan útiles los esfuerzos de este poeta, no menos que los de un marques de Santillana, un Enrique de Villena, un Jorge Manrique, un Juan de la Encina y otros muchos, hasta el siglo siguiente no llegaron la lengua y la poesía castellana á su mayor auge: extendido entonces en España, con el ejemplo de los Italianos, el uso del verso endecasílabo, conocido largo tiempo habia, pero rara vez empleado; y adoptado por insignes poetas este nuevo instrumento, mucho mas acomodado que los antiguos, se ve de pronto á nuestra poesía pasar de su débil adolescencia al vigor y lozanía de a edad viril: medio siglo despues de Juan de Mena aparece ya Garcilaso.

En sus obras se ostentan ya el habla y la poesía castellana con toda su gala y riqueza; empezando desde él una época tan sobresaliente para la literatura española que ha merecido el renombre de *siglo de oro*. Nacieron en ella á porfía clarísimos ingenios, como Ercilla, Céspedes, Herrera, fray Luis de Leon, Gil Polo, Figueroa, Francisco de la Torre, Balbuena, Villaviciosa, Rioja, Jáuregui, los dos Argensolas, Villegas, Quevedo, y otros muchos poetas de gran mérito, aunque no de tanta nombradía; completando

la lista de autores célebres que tuvo España, en poco mas de un siglo, el fecundo Lope de Vega.

Ya en él y en algun otro de los anteriores se perciben los vicios que deslucieron la poesía castellana en el siglo décimoséptimo, empezando la época de corrupcion, á que el célebre Góngora, á pesar de tantas cualidades sobresalientes, ha tenido la desgracia de dar hasta su nombre. A la sencillez antigua sucedió la sutileza pueril, á la grandeza la hinchazon, á las imágenes valientes las hipérboles y metáforas extravagantes; prefirióse á la elevacion modesta la oscuridad presuntuosa, y á los pensamientos robustos los conceptos alambicados; en una palabra, recargada de afeites y adornos ridículos, la poesía castellana apareció cada dia mas enflaquecida y despreciable, hasta el punto de ser difícil reconocerla á fines de aquel siglo.

No parece sino que hasta la literatura iba á sepultarse con la monarquía; y si las circunstancias posteriores de España mejoraron algun tanto su situacion, no fueron sin embargo en mucho tiempo favorables al restablecimiento de las letras ni á la reforma del estragado gusto. Reservada estaba tan ardua empresa para mediados del siglo precedente, habiéndola acometido con igual audacia que tino el sensato Luzan, que puede considerarse como principal restaurador de la poesía, mas bien con sus preceptos que con su ejemplo; y ayudándole otros humanistas de buen gusto y de mas ó menos ingenio, como el conde de Torre Palma, D. Agustin Montiano y Luyando, Don Juan de Iriarte, D. Nicolas Fernandez de Moratin, D. José Pórcel y algun otro, se preparó una nueva época á la poesía castellana con hartas esperanzas de recobrar su perdido esplendor.

Contribuyeron luego por su parte á tan útil propósito D. Melchor Gaspar de Jovellanos, el maestro Fr. Diego Gonzalez, Cadalso, Iglesias, D. Tomas de Iriarte y otros literatos de mérito; pero entre los buenos poetas de aquel tiempo descuella sobre todos Don Juan Melendez Valdes, no solo por lo mucho que le debe la poesía, sino por haber contribuido mas que ningun otro á propagar en la juventud la aficion á este arte: discípulos suyos fueron los dos poetas que luego han sobresalido mas en la tragedia, como son un Quintana y un Cienfuegos; y aun puede decirse que de tantos ingenios como han cultivado con gloria la lírica española, despues de Melendez, apenas habrá alguno que no se haya formado en su escuela. Asi es que con razon puede señalársele para denotar una nueva era, demasiado cercana á nosotros para juzgarla con imparcialidad; pero que hubiera aumentado la gloria de la literatura castellana, si no se hubieran reunido por su mal tantos y tan tristes acontecimientos como han sobrevenido á la nacion desde principios de este siglo.

11. Este es un principio fundamental comun á todas las artes imitadoras: en un grupo de escultura deben las varias figuras que lo componen, concurrir á un fin comun: el cuadro mas complicado no ha de representar sino un argumento; y lo mismo sucede á un poema, á un drama y aun á la composicion mas pequeña. Deben todas sus partes concurrir en un solo punto, como todos los radios de un círculo en un centro; pues si se quebranta esta regla, el ánimo se embaraza afanándose por percibir de una vez las relaciones que unen las

diversas partes; y este penoso esfuerzo disminuye el deleite.

12. La aficion natural á las descripciones y la facilidad con que suele lucir en ellas el ingenio, son causa de que muchos poetas den en el escollo de multiplicarlas en demasía, y de no proporcionarlas á la extension total del asunto, la cual no debe nunca desatenderse. Sea mas ó menos necesario aquel episodio, no sienta mal en un poema tan largo como la *Iliada* la descripcion del ejército griego, de sus caudillos y sus naves; cuya relacion debia ademas ser sumamente grata á una nacion que oia celebrar la gloria de sus armas y las hazañas de sus padres: ¿pero qué concepto mereceria un poeta, que componiendo meramente una oda en alabanza de un triunfo, se entretuviera á enumerar todas las tropas y caudillos que ganaron la batalla?

13. Pocas cosas requieren mas juicio y tino en el poeta que el juzgar de la oportunidad con que debe estar colocada cada parte de una obra, ocupando el sitio que le corresponde. Valiéndonos del ejemplo anterior, es fácil notar que la prolija enumeracion hecha por Homero está bien colocada en uno de los primeros cantos de su poema; pero apareceria importuna y tal vez insufrible en los últimos, cuando ya han subido de punto el interes y la curiosidad de los lectores. Aun con mayor razon, hay escenas en los dramas que producen un efecto bellísimo en los primeros actos, y que no podria tolerar el público cuando ya solo anhela llegar al desenlace.

14. En las pinturas al fresco, conservadas en el reino de Nápoles de las ruinas de Herculano y de Pompeya, hay una en que está cabalmente representado este asunto de la misma manera que se ha descrito en el poema.

15. Alude á los libros segundo y cuarto de la *Eneida*, tal vez los mas bellos de todos; y por el extremo contrario, la falta de variedad perjudica notablemente al placer que debiera producir la *Pharsalia*.

16. Nada hay que desluzca tanto la belleza de los escritos como el inmoderado uso de adornos, y sobre todo de los que son tan inútiles que solo descubren vana ostentacion. Horacio los calificó bien cuando los llamó *ambitiosa ornamenta*, ó como decia el menor de los Argensolas : *el follage ambicioso del ornato*..... Y este defecto es tanto mas difícil de evitar, cuanto suele no nacer de pobreza, sino de sobrada abundancia de buenas dotes en un poeta: Lucano, Séneca, y aun el mismo Ovidio no se libertaron de aquel abuso; y cabalmente fueron tambien grandes ingenios, como Góngora, Quevedo y otros, los que por camino semejante acarrearon la corrupcion de la poesía española.

Los adornos, segun la bella comparacion de un poeta, deben ser como las columnas, que á un mismo tiempo sostienen y hermosean el edificio.

17. En la Alhambra de Granada estan contiguos el palacio de los reyes moros, uno de los monumentos mas singulares que existen de arquitectura arábiga, y el palacio que mandó construir el emperador Cárlos Quinto, obra del célebre Machuca, y en que brillan á la par la sencillez y correccion del gusto.

CANTO II.

1. En una nota al canto anterior se ha indicado ya que la corrupcion del gusto empezó desde el tiempo de Góngora; « el cual (como dice Lope de Vega) quiso enriquecer el arte y aun la lengua con tales exornaciones y figuras, cuales nunca fueron imaginadas ni hasta su tiempo oidas..... Bien consiguió lo que intentó, á mi juicio, si aquello era lo que intentaba; la dificultad está en recibirlo..... A muchos ha llevado la novedad hácia este nuevo género de poesía; pues en el estilo antiguo en su vida llegaron á ser poetas, y en el moderno lo son en el mismo dia; porque con aquellas trasposiciones, cuatro preceptos y seis voces latinas ó frases enfáticas, se hallan levantados donde ni ellos mismos se conocen ni sé si se entienden. » Cabalmente esta oscuridad era el mérito á que aspiraban, dando lugar á que dijese Quevedo con su natural chiste :

> Ni me entiendes ni te entiendo;
> Pues cátate que soy *culto*.

Y el mismo Lope, despues de escribir un soneto en aquel estilo altisonante y enmarañado, lo concluye con este diálogo original :